

Elena Garro y Felipe Ángeles su alter ego

Estela Leñero Franco

“La muerte de un hombre es algo determinado desde antes de su nacimiento” – decía Felipe Ángeles, ante el intento de sus abogados de salvarle la vida en el juicio de 1919; y es el juicio el que Elena Garro recreó dramáticamente. Escribió *Felipe Ángeles* a manera de tragedia y es en ese tono trágico que Elena Garro, escritora excepcional, decidió vivir su vida.

A pesar de que supiera que su vida ya estaba escrita, o precisamente por eso, luchaba contra su destino, pero al mismo tiempo, tal cual héroe trágico, iba sonámbula, enajenada, hacia él.

Su poder premonitorio en su narrativa es tan impresionante que podemos develar el futuro de la autora a partir del presente dramático que nos presenta en sus textos. Coincide con Felipe Ángeles en confundir el futuro con el presente, como se lo comenta al personaje de la señora Revilla en el tercer acto de la obra.

El interés por Felipe Ángeles como personaje histórico de la Revolución, no sólo coincide en puntos fundamentales de las reflexiones existenciales de Elena Garro tanto en el aspecto político como en el personal, sino que abre una resquebrajadura en el tiempo la cual conecta lo que escribe en los cincuenta sobre Felipe Ángeles con las experiencias del movimiento del 68 que marcaría su vida llevándola al exilio

¿Cómo es que uno puede escribir lo que le va a pasar? Elena Garro lo creía y por eso dijo, cuando fue a Aguascalientes en 1991 a un homenaje en su honor: “Yo no escribo finales tristes, porque si lo hago se me cumplen en mi vida”. Aunque no es cierto que los finales de sus obras no sean tristes, en muchas ocasiones se trasluce ese intento de girar la historia y abrir una ventanita por donde poder escapar; como sucede en *Recuerdos del porvenir* cuando la pareja de enamorados están condenados a la muerte y con poesía e imaginación los vuelve mito y los hace cabalgar por las cordilleras de la memoria.

Para Elena Garro la línea divisoria entre lo que escribía y lo que vivía era muy tenue, pues su involucramiento con sus creaciones era total. “Yo no puedo escribir nada que no sea autobiográfico, --le contaba a Roberto Páramo--, y como creo firmemente en que lo que no es vivencia es academia, tengo que escribir sobre mi misma”.

Pero para esta autora ser autobiográfica no significaba retratarse: la complejidad de su pensamiento y su agudeza intelectual hacían que se reflejara en diversos espejos, que se desdoblara, se identificara, recurriera a metáforas, alegorías o a historias familiares, a través de la cuales pudiera expresar su yo profundo.

Seguramente Felipe Ángeles le fue empático en los aspectos más íntimos, ideológicos y circunstanciales.

Felipe Ángeles fue una figura significativa en la Revolución Mexicana, tanto por su capacidad estratégica militar a lado de Francisco Villa, como por su intento de unificar los ejércitos del Norte y del Sur en la Convención de Aguascalientes. Era un militar de alto rango, culto, formado en el régimen de Porfirio Díaz y con una gran capacidad intelectual. Militar polémico que generaba admiración y envidia lo cual frenó su ascenso militar y lo obligó a refugiarse en el extranjero como Elena. En 1911 Madero lo mandó llamar, pero varias veces más fue desterrado, siendo un juicio político enmascarado de militar, el que puso el punto final.

También Elena Garro, desde que se casó con Octavio Paz a los 21 años de edad, viajó de un lado a otro, pero al igual que Ángeles no era por voluntad propia, pues en la primera parte de su vida, acompañó a su marido a España, Estados Unidos, Francia y Japón y 15 años después de escribir su obra de teatro, fue desterrada por cuestiones políticas, de la misma manera que Ángeles. Ella se regresó a México hasta los 77 años de edad. Su manera de actuar era polémica y algunos dicen que su exilio fue voluntario, otros sostienen que fue porque se ensañaron con ella.

Su actitud antintelectual en los sesenta, como la llama Elena Poniatowska, le trajo enemigos, pero también su coquetería poliédrica tanto en el ámbito seductor

como político, le ocasionó navegar en aguas peligrosas y comprometerse con varios bandos a la vez. El ambiente durante la Revolución era fangoso y el poder cambiaba de un lado a otro olvidándose del sentido original. Felipe Ángeles venía del poder y Elena Garro era de clase acomodada, o se acomodó con clase, pero los acontecimientos los llevaron a adquirir conciencia social e irse comprometiendo con los desheredados. A Felipe Ángeles se le conoce por su intento de evitar los excesos de violencia que se cometían con los campesinos durante la Revolución y su entrega progresiva hacia sus causas. La historia oficial poco realce le ha dado a su participación quedando sólo como héroes revolucionarios Francisco Villa y Emiliano Zapata. ¿Pero qué hubiera sido Villa sin el estratega militar de Ángeles? ¿Hubieran conseguido un pacto entre ellos? Elena Garro, sintiéndose también, tal vez apocada en ese tiempo y reconociendo el genio de Ángeles, se avoca a desempolvarlo y durante dos años investiga y descubre las magnitudes dramáticas del juicio que le hacen a este héroe revolucionario para determinar su muerte.

Pero, ¿por qué no escoger a Francisco Villa como protagonista o la Convención de Aguascalientes como situación dramática si es lo que trascendió a la historia?

Elena Garro tenía un impulso familiar inicial para escribir de Villa, pues su abuelo materno y sus tíos fueron villistas, pero como la literatura de Elena Garro es tan personal, seguramente el rango, el brillo intelectual de Felipe Ángeles y al mismo tiempo ese impulso contra los intelectuales que compartían, resultó ser un imán más poderoso. En un discurso que rescata Patricia Rosas Lopátegui, Felipe Ángeles declara frente al intento de humillarlo por comprometerse con Villa:

“Me entristece pensar que entre todo el montón de intelectuales del país, no haya un hombre de las energías de Villa que, a diferencia de Villa que no puede entender la democracia por insuficiente cultura, sea capaz de salvarlos del pertinaz azote de la dictadura que tiene encorvadas las espaldas de los mexicanos.”

Su conciencia de clase y su lucha social la hacen coincidir ideológicamente con Felipe Ángeles en aquellos años aunque poco a poco la ideología de ella se fuera volviendo reaccionaria tanto en lo político como en su concepto de mujer y su participación dentro del movimiento del 68 se volviera tan ambigua.

Ahora el juicio de Felipe Ángeles está ya publicado, pero antes era bastante desconocido, así que Garro encontró en éste una veta atractivísima para manifestar sus inquietudes proyectadas en el alter ego de Felipe Ángeles: tanto su inquietud por la muerte, como el juicio de los hombres a la vida de los vivos. En la Convención no había un héroe trágico, comenta Luis de Tavira, que realizó hace unos años una puesta en escena muy interesante de *Felipe Ángeles* en el Teatro Julio Castillo, y el mayor acierto de la autora fue rescatar a este personaje en el momento crucial donde Ángeles justifica su vida y formula su testimonio político.

“No es en la Convención sino en el juicio donde se debate el proyecto de nación; donde la lucha campesina perdió y se heredó el sistema porfirista”. Este director y la autora, confluyen en el sentido trágico y religioso que tiene en esencia este texto. Para Tavira la obra significa el Vía Crucis de Felipe Ángeles y la autora carga a sus personajes, metáforas y contenidos de una religiosidad que ella siempre asumió. “Yo soy agrarista guadalupana y muy católica”, le confesaba en aquellos tiempos a Carlos Landeros.

Para escribir Felipe Ángeles, Elena Garro consideró premeditadamente a la tragedia clásica como el modelo a seguir, y puso a su héroe, desde el inicio, sin posibilidades de salvación. Hay siempre un atisbo de esperanza de vencer al destino, en este caso la obra mantiene el suspense, aunque débil, de que puede llegar un amparo de la Suprema Corte de Justicia y al final, cuando el coronel Bautista, que a lo largo de la obra sufre una transformación, le ofrece una alternativa, él ya se ha resignado y la rechaza.

La culpa es también fundamental en la tragedia y el protagonista se recrimina y trata de encontrar sus errores: “¿Por qué tuve horror de pelear por lo ganado?” Él, al

igual que Ricardo Flores Magón, también ignorado por la historia oficial, peleaban por los ideales y para los dos, el poder, que siempre termina por corromper, era lo que debían combatir. Y eso mismo era lo que en aquellos tiempos Elena Garro pensaba fielmente y gritaba a los cuatro vientos fuera contra quien fuera.

La obra está estructurada en tres actos y el primero consiste en la presentación de los personajes y la situación. Se espera la llegada de Felipe Ángeles mientras conocemos a los militares que lo van a condenar. Hábilmente la autora crea personajes contrastantes y coloca en primer lugar al antagonista mayor, El General Diéguez que ejecuta las órdenes del general Carranza y que a la hora de la hora, como Poncio Pilatos, dice Elena Garro, se lava las manos y no asiste al juicio. Los compañeros de armas de Felipe Ángeles que lo van a juzgar sostienen posiciones confrontadas y si bien Escobar defiende la oposición, Peraldo admira al general, el coronel Bautista se somete y el soldado Sandoval, con su mal hablar, asume la traición por diez mil del águila. Escobar también se transforma y termina culpando a Ángeles de su final y tratando de lavar sus culpas. Con astucia la autora da formas diferenciadas no sólo en el hablar sino en la forma de relacionarse según la jerarquía. Consigue, a través del diálogo, dar el ambiente de Chihuahua, el apoyo de la gente para el general y la militarización de la ciudad. Antes de que concluya el primer acto aparecen las mujeres y los abogados que lo defenderán y Ángeles hace acto de presencia para marcar sus principales diferencias con su antagonista: “Diéguez cree que la revolución es un medio para alcanzar el poder absoluto y yo creí que era un medio para exterminarlo. Aquí no hay ganadores. Todos hemos perdido”.

El segundo acto consiste en el juicio en sí, donde se da un largo y profundo debate de ideas y conceptos a cerca de la Revolución y las pugnas entre los convencionistas y los constitucionalistas, representados por Carranza, quien consideró a Ángeles, dice Elena, como a un Judas. Son admirables las discusiones que se suceden en el juicio y permiten un entendimiento, desde una postura crítica, de cómo la Revolución fue traicionada.

Elena Garro tenía un espíritu inquieto y se preocupaba tanto por cuestiones políticas como por reflexionar sobre el sentido de trascendencia. Así, siguiendo la estructura de la tragedia, el tercer acto es la sublimación del héroe, el momento en que dialoga con la muerte y se resigna a su destino. Recurre a la poesía para llevarnos por mundos oníricos y azotarnos después con la realidad. Este tercer acto, a pesar de su belleza, se vuelve pesado y antidramático; difícil sostenerlo después de un acto tan intenso y discursivo como el segundo... aunque su gran aliento logra conmover al público y cerrar muy alto esta excepcional y brillante obra de teatro, que la reafirma como una gran dramaturga.

A pesar de que es su única obra de teatro histórica, *Felipe Ángeles* habla de ella misma. En este héroe se vuelca Elena Garro aunque nunca supo cómo resultó su primera puesta en escena realizada en 1970 en el Teatro de Arquitectura bajo la dirección de Hugo Galarza pues vivía en Francia (aunque Guillermo Shmiduber comenta que la vio cuando estuvo en México), y menos del montaje tan propositivo de Luis de Tavira, escenificado mucho después de su muerte.

Queremos pensar que igual que como ella hizo que los enamorados de *Recuerdos del porvenir*, mágicamente desaparecieran a pesar del destino trágico que ya estaba marcado, sus lectores y espectadores olviden los últimos años de su vida exiliada y triste, donde sin dejarse de quejarse, pareció resignarse a un final trágico al que ella se sometió/ y se la encuentren de repente entre sus líneas tomando un helado o coqueteándole al maestro de *La señora en su balcón* o animando a romper la rutina de aquél oficinista de su novela corta *Y Matarazo no llamó...* , para confirmar que la autora se queda en sus palabras, que es ahí donde hay que descubrirla, reconocerla y admirarle su magnificencia literaria; porque más que por lo que hizo o no hizo en su vida, al autor se le rescata por sus palabras.

Conferencia leída en la clausura del Homenaje a Elena Garro en su quincuagésimo aniversario de su dramaturgia el 17 de junio del 2007 en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes

Publicado en:

- Revista de la Universidad No. 43 septiembre 2007

- *Yo quiero que haya mundo... Elena Garro 50 años de dramaturgia*. Editorial Porrúa y Benemérita Universidad de Puebla. México, 2008. Págs. 135-138.